

Quieren tanto a Julio

Munir Hachemi Guerrero (Universidad de Granada)

[*Cortázar sampleado*, edición de Pablo Brescia. México: Librosampleados, 2014.]

Tablero de dirección

Una reseña puede ser

- a) na indagación en lo que los textos de un libro de ensayos tienen en común.
- b) una seducción o provocación que hagan que alguien abra y/o lea un libro.

Empiécese y termínese por donde se quiera.

a.

Si es posible y el lector acepta que establezcamos un término tan aparentemente contradictorio como “ensayo autobiográfico”, *Cortázar sampleado* es un libro lleno de ensayos autobiográficos. Casi todos los autores que participan en él recuerdan sus primeras lecturas de Cortázar, cómo se encontraron con el argentino y cómo las más de las veces se separaron de él para (a veces) reencontrarlo o reinventarlo en algún cuento o algún fragmento que en primera instancia les pasó desapercibido. A partir de ahí, construyen a su propio Julio Cortázar.

Quiero creer que a él le habría gustado este libro “alejado de las reverencias y de las celebraciones inertes y cercano a los encuentros y desencuentros”. Si es posible que más de uno de los autores antologados hayan relegado a Cortázar al espacio de la adolescencia, también lo es que a Cortázar, el –dicen– “Cronopio Mayor” difícilmente le habría molestado tal categorización.

Hay más. No son pocos los autores que en *Cortázar sampleado* hablan de la fusión entre literatura y vida que para el argentino más que un proyecto fue un imperativo. Si esto es así, ¿qué mejor homenaje que un tomo que reúna los cruces que las experiencias vitales de treinta y tres autores tuvieron con la obra de Julio Cortázar? A eso me refería cuando he hablado de ensayo autobiográfico: una breve anécdota, acaso sólo un destello, pero un destello de la índole de aquél que sufrió (qué mal verbo) Johnny Carter en el metro, cuando se dio cuenta de que todo estaba lleno de agujeros. Un destello que las más de las veces es de adolescencia, pues tal vez sea cierto –las palabras son de Natalia Mardero– que Cortázar tiene “record olímpico en esto de iniciar lectores” (39). Tal vez “no hay escritor

latinoamericano nacido entre el 55 y el 75 que no le deba algo al argentino” (Castañeda: 200).

Si tengo que elegir uno de esos cruces de vidas y textos, me quedo sin duda con “Final del miedo”, de Yolanda Arroyo Pizarro, que cuenta de manera tierna y perfecta cómo Cortázar puede echar una mano en la que supongo difícilísima tarea de “salir del armario como afrolesbiana en un país del Caribe tradicionalmente machista y culturalmente racista” (204).

En su texto, Ana García Bergua defiende que la influencia de Cortázar es inmensa y también invisible: que su virus se ha esparcido allí donde se daban las condiciones necesarias (y es una cepa resistente), pero que no es tan fácil de detectar. Acaso sea esto lo que ha llevado a muchos de los autores a apropiarse de la fluidez de Cortázar para escribir sus homenajes o, de forma más evidente para el lector, a utilizar procedimientos muy identificables con el argentino, como ocurre en el apartado “Instrucciones”.

Eso en lo que toca a las similitudes, al –digamos– hilo conductor *blanco* de *Cortázar sampleado*. En cuanto al hilo *negro*, el de las diferencias, la que más destaca es aquella que enfrenta a quienes prefieren los cuentos de Cortázar (en esto Rosa Beltrán es la más tajante) y a quienes prefieren sus novelas, *id est (grosso modo)*, su novela, *id est: Rayuela*. En el segundo grupo (con diferencia el menos numeroso), la mayoría de los autores asumen de forma más o menos directa que el motivo principal por el que defienden la novela es porque atacarla se ha convertido en una suerte de lugar común. Entonces –afirma Osdany Morales– “me entran ganas de defenderla otra vez” (185).

Mirando desde otros ángulos: hay autores que se fijan en el Cortázar más “perseguidor” de la trascendencia, otros que se fijan en el más político; hay quienes distinguen dos cortázares, hay quienes distinguen tres. Los ejes de lectura se multiplican hasta un infinito donde la decisión más sabia es ordenar el libro de una manera que habría cautivado a Foucault: Animales, Bibliotecas, Flujos, Poéticas políticas / Políticas poéticas, Instrucciones. Añado: pertenecientes al Emperador, amaestrados, fabulosos, incluidos en esta clasificación, escritos con un pincel finísimo de pelo de camello, etcétera, que de lejos parecen moscas.

He olvidado deliberadamente un hilo blanco para el final: en casi todos los textos de *Cortázar sampleado* aparece una palabra de seis letras: “Borges”. El porqué es líquido y prefiero dejarlo a la inteligencia del lector.

b.

Lo primero que me hizo desear abrir el libro fue su forma física. No me refiero a su portada, claro, ni al papel o al cosido o demás fetiches editoriales, sino a la casa que lo había publicado. El mero hecho de que haya sido Librosampleados quien haya imprimido este homenaje forzosamente debe restaurar una pequeña porción de fe: una editorial independiente arriesgándose (¿hay riesgo si la derrota es segura?) a publicar un libro de ensayos; un antólogo (Pablo Brescia) y treinta y dos autores entregando su trabajo a una editorial minúscula y combativa.

No me voy a detener mucho en esta tarea que habrá quien tache de propagandística. Sí diré que el libro reviste interés tanto para el lego como para el experto, que encontrará en él –si se atreve a sumergirse– algunas perlas archimboldianas. Diré también que *Cortázar sampleado* no constituye en absoluto un homenaje ciego e ingenuo: hay quien elogia a Cortázar más que lo ataca, claro, pero también hay quien lo ataca más que lo elogia. De los últimos, me quedo con María Alzira Brum, cuyas certeras apreciaciones no me parecen injustas.

Pero si hay algo que me ha cautivado del libro, más allá del prefacio, el prólogo de Andrés Neuman y el –sic. (y ¿por qué no?)– póslogo de Fabián Casas (que también) ha sido el detalle que he hallado al final, indagando en la sección “Autores”. Allí, además de las esperadas biobibliografías, he dado con una breve definición en la que cada autor asocia a Cortázar con una palabra. “Trasvase”, “Setentas”, “Magritte”, “Fotos”, son sólo algunas de ellas. Podría decir que bastaría con leer esa clasificación para haber leído el libro, pero eso constituiría una falacia. Prefiero moderarme y decir sólo: recomiendo que empiecen la lectura de *Cortázar sampleado* por el final. O mejor: empiecese y termínese por donde se quiera.